

## **En la montaña, junto al lago**

(En modesto homenaje a J. R. R. T.)

### I

Ésta es la historia de Dágornar Barhir. Ésta es la historia de uno de los últimos guerreros de las Viejas Edades y la de su espada Angamarth, tal como algunos todavía la recuerdan.

Fue mucho tiempo después de que Oesternesse pasara a llamarse Akallabeth, la Sepultada; fue para la época en que algunos de los descendientes de los Hombres de Númenor comenzaron a sentir —como lo habían hecho los Elfos— nostalgia por las tierras del Oeste.

Muchos de ellos se internaron en el Gran Mar pero ninguno volvió a la Tierra Media. Los que allí quedaron tenían opiniones encontradas: los más viejos y los más jóvenes los imaginaban arribando a las costas de Tol Eressëa o a alguna otra playa igualmente sin mácula; la gran mayoría, sin embargo, sostenía que se habían perdido en algún oscuro abismo.

Quizá esa última opinión sea cierta y se haya perdido totalmente la sangre de las primeras Tres Casas de los Hombres, puesto que aquellos que permanecieron en la Tierra Media hace ya mu-

cho que perecieron en las sucesivas invasiones que llegaron del Este. Porque Sauron no fue el primer Enemigo. Y tampoco fue el último.

Pero aun en la noche más oscura brilla una esperanza. Y ésa es una frase muy trillada, pero no por eso menos cierta porque, aunque pocos lo recuerdan, Mellywen —la Vidente— contó su sueño sobre uno de aquellos navegantes que abordara nuevas tierras, más allá del camino del Sol, antes de partir hacia donde sólo el Único sabe.

A aquel viajero lo conocían por el nombre de Dágornar, porque era renombrado por su valor en el combate, y también lo llamaban Barhir, porque era el último de su estirpe. Pero ninguno de aquellos dos era su verdadero nombre, que sólo él conocía.

Era un guerrero amado por todos aquellos que lo rodeaban y temido por sus enemigos; uno de los últimos Dúnedain de las viejas estirpes, que poseía una majestad que ya no era habitual en su época, los finales de la Cuarta Edad. Por ese motivo era respetado y muy estimado por la gente de su raza y todo hacía pensar que llegaría a ser la mano derecha de algún soberano, si no —acaso— un gobernante él mismo, resucitando el nombre de su Casa.

Ocurrió —sin embargo— que comenzó a sentirse insatisfecho en el ambiente que lo rodeaba. Los Primeros Nacidos habían abandonado la Tierra Media y los Hombres comenzaban a transformarse en algo distinto a lo que fueran en las primeras edades. La influencia del Señor Oscuro todavía permanecía y nada volvería a ser como en el Principio. Los marinos temían a las Grandes Aguas y las expediciones se dirigían principalmente hacia el Este o el Sur.

Pero Dágornar añoraba aquello que contaban las viejas canciones. Se embarcó, entonces, con algunos de sus allegados y puso proa hacia el Poniente. Poco es lo que dijo la Vidente sobre aquel viaje, pero es fácil adivinar que siempre existe un límite para los deseos. Las olas espumosas se encrespaban de un modo que pocos marinos podrían llegar a imaginar y finalmente sucedió lo que parecía inevitable: la nave azotada por las aguas zozobró contra negros escollos y la tripulación se vio a merced de un incierto destino.

Uno a uno fueron devorados por las ávidas garras del Océano en aquella noche oscura; los compañeros de Barhir, su caballo, todo se fue perdiendo. Pero fue más poderosa la fuerza de voluntad de Dágornar Barhir que la de su cuerpo, y siguió luchando, nadando en la desesperación, hasta que se sumió en una inconsciencia absoluta.

Cuando despertó, se encontró tirado sobre la arena de una playa extraña. Se arrastró unos pasos fuera de la línea de resaca y se echó a dormir nuevamente, con cada uno de los músculos de su lacerado cuerpo más allá de los límites del agotamiento.

Volvió a levantarse cuando otra vez era de noche y comprobó que estaba solo. Incluso había perdido a Dîngurth, la espada que recibiera de manos de su padre, y supo que ya no volvería a caminar por los verdes bosques de Ennorath. Su futuro estaba en las tierras que se extendían frente a sus ojos y en ellas se internó, porque no había otro camino.

Buscó agua para calmar su sed y algún alimento, y descubrió que aquellas tierras no eran mezquinas con sus dones. Durante la búsqueda, aspiró el inconfundible aroma de las *galenas*. Dolorosamente volvió el recuerdo de lo que había perdido, mas de pronto cayó en cuenta de que —si bien no tenía una pipa a mano— en su lejano país se estaba haciendo cada vez más difícil hallar ese tipo de hierba.

Siguió marchando varios días, sin rumbo, guiado sólo por la luz de las estrellas o por el ardiente resplandor del Sol, descubriendo a cada paso cosas nuevas y maravillosas, nombrando a las personas amadas para recordar su pasado y saber que era alguien.

Y una mañana escuchó voces; unas voces extrañas, que no alcanzaba a comprender. Se ocultó en la espesura y aguardó lo que venía, algo que nunca hubiera soñado.

Por un claro del bosque vio aparecer a cuatro seres que le trajeron a la memoria la imagen de los bárbaros Orientales que cada tanto trataban de realizar incursiones en la Tierra Media. Aque-

Dágornar no esperó a averiguar qué era eso. Salió de donde estaba oculto y se presentó como lo hiciera en tantas situaciones difíciles: firme y seguro de sí mismo. Reconfortante para los amigos y terrible para los adversarios. Pero aquellos hombres no se turbaron por su presencia. Callaron un momento, lo miraron y le sonrieron. Dágornar supo que no eran enemigos y se sintió feliz.

—¡Salud y feliz encuentro! —dijo en el viejo idioma de los Elfos, al tiempo que alzaba su mano derecha en señal de paz.

—¡Feliz encuentro y salud para ti! —le contestó quien parecía ser el jefe, mientras todos imitaban su gesto. Pronto sabría que muy pocos entre aquellas personas conocían el Sindarin y no pudo sino dar gracias a su buena estrella.

Fue invitado al poblado de aquellos hombres y durante el trayecto no le hicieron preguntas; él tampoco rompió aquel silencio ceremonial. Lo atendieron como merece ser atendido todo viajero que lleve errando mucho tiempo y luego fue conducido ante el jefe del caserío de sus anfitriones.

—¡Bienvenido, extraño peregrino! —saludó aquél—. No tienes el aspecto de la Gente Muy Hermosa, pero posees algo de su majestad y conoces su lengua.

—Tú tampoco pareces ser uno de ellos y también sabes su idioma y se advierte tu nobleza —le contestó Dágornar—. Esa Muy Hermosa Gente de la que hablas vivió mucho tiempo en mis tierras, más allá del ancho Mar, y yo salí en su búsqueda, porque mi corazón los añora.

—Ellos llegaron aquí hace mucho, extranjero. Hablaban todas las lenguas y nos enseñaron algo de sus artes. Pero era evidente que preferían estar solos y se marcharon hacia el Sur. Si tu deseo es encontrarlos, haré que algunos de mis guerreros te acompañen cuando quieras partir.

—Eso es algo que te agradeceré hasta el fin de los tiempos. Quisiera recuperar mis fuerzas para luego partir con la mayor prontitud.

II

En la siguiente semana, Dágornar Barhir emprendió el camino hacia el Sur. Durante parte del trayecto lo acompañaron aquellos hombres que lo habían encontrado. Pero la ruta que habían tomado los Elfos se internaba muy profundamente en las tierras meridionales y Dágornar debió proseguir prescindiendo de aquella compañía. Sin embargo, nunca estuvo sólo; siguió encontrando a nuevos amigos de los Primeros Nacidos y éstos le daban otros indicios para su búsqueda.

Luego, súbitamente, toda noticia de aquellos a los Dágornar buscaba dejó de escucharse. Aun así, imaginaba que no se hallaba descaminado: se encontraba en una región poblada por amplios largos bordeados por altos árboles recostados contra las faldas de unas montañas siempre cubiertas de nieve. Por las noches, bajo el negro manto del cielo tachonado por estrellas, Dágornar creía escuchar el melodioso canto de los Elfos. Pero era como un tenue susurro llevado por las alas del viento y no podía estar seguro.

Aquella incertidumbre, sin embargo, no hacía sino que se afanara en su búsqueda. Día y noche recorrió los verdes bosques, bordeó las altas montañas y atravesó rugientes arroyos; día y noche

Hasta que un día, ya cruzado el borde de la desesperación —porque incluso el hombre más templado tiene su instante de desesperanza—, se lanzó a correr por la espesura, gritando a voz en cuello toda su frustración.

—¡Ay, Elbereth! ¿Por qué dejaste que llegara a estas tierras si me esquivo el triunfo? ¿Por qué el verde y ancho Mar no devoró mi memoria? ¡Oh, Elbereth Gilthoniel!

Y siguió así hasta que cayó exhausto.

Dágornar no supo cuándo lo vinieron a recoger los Elfos y no supo cuál fue el camino que tomaron. Sólo recuerda el instante en que abrió los ojos y supo que se hallaba entre ellos. Porque sobre él se inclinaba el rostro de una doncella élfica.

Fue así como conoció a Nimloth Arodriel, la más bella entre todas las hijas de los Primeros Nacidos, sólo comparable con Lúthien, la bella, o con Arwen, Estrella de la Tarde. Y supo que historia de aquellas dos no se repetiría y supo que su corazón siempre sentiría ese dulce y terrible dolor de un amor imposible.

Pero ese instante de embeleso duró poco. Una voz poderosa resonó en el otro extremo del cuarto y Dágornar no pudo dejar escucharla.

—Nuevamente nos cruzamos con un hombre de Ennor. Eso llena nuestros corazones de alegría, pero también ensombrece nuestros espíritus. Sabemos que el Destino es algo que no podemos evitar, pero no deseábamos que tuviera que suceder tan pronto.

—Discúlpame, noble señor —dijo Barhir, al tiempo que se incorporaba y volvía su vista hacia aquel que había hablado—. Dices eso como si yo fuera un mal signo de los tiempos y me temo que estás faltando a las normas del respeto y de la cortesía, puesto que ni siquiera sabes a quién tratas de esa forma.

“Me llaman Dágornar Barhir, hijo de Anordur, caballero del Reino Reunido, y mi espada, si la tuviera este momento, estaría a tu servicio para todo lo que necesitaras.

—Te ruego que seas tú el que me disculpe, Dágornar Barhir —siguió el otro—. Yo soy Thoronthalion, Señor de los Últimos Elfos sobre Arda, y no quise decir que fueras un signo de malas épocas, sino que nos vuelves a la memoria unas edades que, pese a sus momentos bellos, no son las que mejor recordamos. Por otra parte, creo que es fácil ver que el hecho de que estés aquí significa que no te consideramos sino un amigo. Hay un poder en torno a estos dominios que impide que cualquiera llegue a ellos.

“Y no es que a los Elfos nos guste refugiarnos detrás de lo que ustedes llaman magia. Se trata simplemente de que ya somos muy pocos en comparación con ustedes y nuestros caminos se han ido separando. Así, es preferible que nos consideren algo maravilloso, lindante con el mundo de los sueños, antes de que nos sientan demasiado próximos y recelen de nosotros.

“Pero creo que no me estoy comportando como un buen anfitrión. Descansa y, cuando te sientas bien, ven a sentarte a mi mesa. Quiero escuchar las últimas noticias que tengas de Ennorath, ese recuerdo que nos causa penas y alegrías.

Así fue como Dágornar Barhir fue admitido en Esgaldor, la Tierra Oculta al Oeste del Mar, la última morada de los últimos Elfos antes de abandonar el Mundo. Porque si bien es cierto que sabían que su tiempo había pasado, luego de la Tercera Edad, muchos de ellos se habían negado a abandonar aquello que amaban. Ese grupo, entonces, luego de dejar los Puertos Grises, antes de seguir el Camino Recto que los llevaba fuera del espacio conocido por los Hombres, había seguido navegando por el curvo Mar, buscando una nueva tierra.

Finalmente habían arribado a una costa casi olvidada, pero no por ello despoblada. En un primer momento que creyeron que se trataban de Cetrinos, de aquellos hombres de piel amarilla

que los habían traicionado en las luchas de la Primera Edad, pero pronto comprobaron que éstos no tenían conocimiento sobre el Primer Enemigo. O, por lo menos, ya no lo recordaban.

Los Elfos los instruyeron en algunas de las ciencias que ellos conocían y les enseñaron su lengua a aquellos que más cerca de ellos se sentían. Pero ansiaban una soledad especial; deseaban poder vagar por la foresta, cantando sus canciones sobre épocas pasadas, y sentían una suerte de incomodidad en la compañía de los Hombres. No era que los culparan por sus pérdidas; pero el hecho de que hubieran conocido a la poderosa raza de Númenor, que por aquel entonces también comenzaba a menguar, les hacía reconocer que las Dos Estirpes ya no se unirían —por lo menos, en esa edad de la Tierra— y no podía sino entristecerlos.

Por eso, se dirigieron hacia el Sur, hasta donde parecía terminar el Mundo, y se establecieron en el valle de un lago entre las que llamaron las Ered Nimrais, las Montañas de los Blancos Picos. Así reunieron el resto de los poderes que aún tenían y crearon una muralla invisible, que ocultaba a Esgaldor de cualquier mortal.

Y allí moraron hasta que llegó Dágornar Barhir. Lo vieron entrar al bosque y errar por aquel laberinto de ilusiones hasta que cayó en la desesperación. Y lo escucharon invocar a Elbereth. Y no

tuvieron dudas de que era uno de los de las primeras Tres Casas de los Hombres. Y se apiadaron de él y lo rescataron.

### III

Todos lo amaron como al hijo que vuelve después de un largo viaje. Porque, una vez repuesto, Dágornar se mostró con toda la hermosura que le es posible a un hombre nacido de mujer y en él los Elfos recordaban la majestuosa figura de los Reyes de los Númenóreanos.

Así, todos lo colmaban con regalos y favores, y cultivaban su amistad. Los herreros le forjaron una espada para que cubriera el lugar de la perdida Dîngurth y fue así como nació Angamarth, Hierro del Destino, y en su hoja brillaba el fuego de cien estrellas y su filo cortaba como el frío viento del invierno soplando entre las agujas de los pinos. Las doncellas le tejían finos ropajes y los niños jugaban en sus rodillas y escuchaban sus relatos. Y era invitado a todas las fiestas y le curaron el dolor por la añoranza de una patria que ya no volvería a ver. Porque sólo un desterrado puede saber cuánto sufre un exiliado.

Pero había algo que Dágornar trataba de no hacer, y eso era pensar en Nimloth Arodiel, la joven de los ojos de arco iris. Mas el destino parecía querer que sus caminos se cruzaran y, cuando

no era así, siempre había quien la nombrara y despertara el recuerdo en su mente. Y Barhir era consciente de que aquello no era posible, aun cuando sabía que Nimloth también lo amaba.

Y los días de Dágornar transcurrieron en esos parajes donde los años pasan más lentamente. Se sentaba a orillas del lago plateado y escuchaba a los Elfos cantando sobre las aves de los bosques y sobre las montañas nevadas. De cuando en cuando salía con algunos de sus mejores amigos en excursiones de caza o para cuidar la frontera de aquellas tierras. Porque si bien es cierto que los dos Enemigos habían sido derrotados, siempre puede aparecer alguno nuevo, y los infinitos sirvientes de aquellos anteriores seguían correteando por el Mundo.

Tres, cuatro y cinco veces habían rechazado a unas oscuras criaturas que habían querido poner pie en aquel continente, mas los otros habitantes no tuvieron conocimiento de ello y sus historias se limitaban a contar sobre unos espíritus invisibles que recorrían los bosques cantando bellas canciones y haciendo florecer todo a su paso.

Pero un día, aquellas historias cambiaron y esas noticias llegaron a los límites de Esgaldor. Y la sangre de Dágornar Barhir comenzó a agitarse en sus venas.

Había rumores de que gente rubia había desembarcado en el Norte, llegando en gigantescos barcos. Dágornar no pudo dejar de pensar que se trataba de su gente, que había dejado atrás la pasada decadencia y que se había vuelto a lanzar al Mar. Sin esperar un segundo, reunió a cuatro de sus amigos —Daeron, Lómion, Haldir y Eöl— y se dirigió hacia el Norte, soñando con el regreso de los buenos tiempos, con la reunión de las Dos Razas.

de su cintura y los otros con espadas no menos nobles y flexibles arcos para veloces flechas. Pero poco a poco fueron aminorando el paso. Haldir y Daeron —los Elfos más silenciosos y ágiles que hayan pisado el suelo del Mundo— se acercaban a los poblados de los nativos y escuchaban lo que se sabía de los recién llegados.

Aquéllos no se parecían en nada a los Dúnedain; las historias comenzaban a hablar de crímenes y de actos innobles.

—Debemos volver a Esgaldor —dijo Lómion.

—No —contestó Dágornar—. Es necesario que averigüemos cuántos son. Si resultan unos pocos, los rechazamos como hicimos con tantos otros. Si son demasiados, volvemos a Esgaldor

para buscar refuerzos o para prepararnos para resistir un sitio. Los Elfos no van a poder seguir ocultándose, porque se acercan grandes cambios. Lo siento en lo profundo de mi alma.

Y todos coincidieron con sus palabras y siguieron hacia el Norte.

Se acercaron en silencio, para observarlos sin ser observados. Lo que vieron preocupó a los Elfos y entristeció a Dágornar.

Los invasores eran hombres como él y —lo que era peor— parecían ser descendientes de la gente de los Reinos de Arnor y de Gondor. Dágornar escuchó su lengua y le pareció similar al Oestron, la Lengua Común de la Tierra Media. Pero aquellos hombres parecían haberse vendido a Sauron o a alguno de sus sucesores; talaban los árboles, mataban a los nativos y robaban cuanto había de valor. Y, lo más grave, eran demasiados.

—Volvamos a Esgaldor —aconsejó Dágornar—. Me temo que esto no le va a gustar nada a Thoronthalion; pero ustedes todavía tienen una vía de escape. No será lo que les guste, pero creo que es el tiempo preciso.

“Creo que hubiera preferido de ver una legión de Orcos, de todas maneras.

—No me gustaría tener que abandonar la Tierra —protestó Eöl.

—Te estás pareciendo demasiado a un Hombre, Eöl —dijo Barhir, mientras sonreía con tristeza—. A nosotros tampoco nos gustaría tener que morir, pero el tiempo también nos llega. Además, sus hermanos los deben extrañar desde las Estancias de Mandos, más allá del Ilmen.

“Y, por sobre todo, confíen. Todavía no es seguro que deban dejar Esgaldor. Por otro lado, puede llegar el tiempo en que toda la Hermosa Gente vuelva a la Tierra Media, para iniciar una nueva era.

Regresaban a Esgaldor con la prisa del que ve aproximarse una tormenta, con la urgencia con la que un gorrión intenta escapar de las garras del halcón. Quizá fue por eso que no pudieron prevenir el peligro que había delante.

Súbitamente tropezaron con una partida de unos treinta guerreros fuertemente armados, en el claro de un bosque. Los dos grupos se mezclaron; demasiado próximos para emplear los arcos, sonó la hora de las espadas. La sorpresa, lo repentino de todo impidió cualquier pensamiento. El choque de los aceros, los filos teñidos en sangre, colmaban un atardecer rojizo. En las manos de Dágornar, Angamarth hacía honor a su nombre y fue el destino final de ocho de aquellos extranjeros, mientras los Elfos se encargaban de los otros.

Eöl se volvió hacia Barhir para celebrar su último golpe y vio cómo aquél soltaba la espada y se llevaba la mano a su costado, un costado que comenzaba a abrirse mostrando unos bordes ensangrentados, como los párpados de un ojo monstruoso y ciego.

Cuando llegó junto a él, Dágornar ya se había desplomado. Su séptimo enemigo había llegado a herirlo antes de que lo mordiera el borde implacable de Angamarth, pero no había alcanzado a privarlo de la visión de la victoria. Aquélla iba a ser la última proeza de Dágornar Barhir, ya que — como lo pudo comprobar Haldir— la herida era mortal. Y el guerrero también lo sabía.

—Lómion, lleva la noticia a Esgaldor —pidió Barhir—. Haldir, llévate mi espada. Eöl, dile a Nimloth que siempre la amé como a lo más querido. Daeron, brinda siempre en mi memoria. Amigos, adiós. Namárië.

Y dijo Haldir: —No te dejaremos aquí como pasto para las bestias. Te llevaremos a Esgaldor y guardaremos tu cuerpo junto lago que tanto que gustaba.

Y Dágornar sonrió feliz y cerró los ojos por última vez. Los cuatro envolvieron el cuerpo con su capa y lo llevaron en una camilla que construyeron con ramas aromáticas del bosque. Haldir se adelantaba para explorar y volvió con ciertas noticias.

—Esos contra los que combatimos parecen distintos de los que estaban allá en el Norte. Hablan otro idioma y, en algunos aspectos, se parecen más a Dágornar que los otros. Como si fueran más nobles, menos corruptos.

—En ese caso —dijo Daeron—, quizá haya sido mejor que muriera cuando murió. Debe ser triste ver corrompidos a los suyos y saberse asesinado por los que más se parecen a uno.

#### IV

Finalmente, llegaron a Esgaldor. Todos los Elfos lloraron a Dágornar Barhir y lo sepultaron a orillas del lago que tanto amaba, a la sombra de las altas montañas. Y así habló Thoronthalion, el último Señor de los Elfos sobre Arda:

—Por muy poco tiempo, en la medida de los Elfos, tuvimos la compañía de Dágornar Barhir, hijo de Anordur, caballero del Reino Reunido. Por poco tiempo, pero muy valioso.

“No sólo por los recuerdos que nos quedaron de él, sino por la tarea que cumplió. Creíamos que ya no teníamos nada que ver con los Segundos Nacidos y él nos demostró lo contrario. Quizá no ahora, eso es casi seguro, pero sí en un tiempo que vendrá, las Dos Estirpes volverán a recorrer un mismo camino.

“Por eso, yo personalmente me encargué de que le forjaran una espada. Y está espada que tengo en mi mano, Angamarth, es el símbolo de la unión que un día será. Por muchos siglos permanecerá oculta, pero el día en que un auténtico Hombre la encuentre, un Hombre puro de corazón, será el día en el que sonará la señal para que los Elfos volvamos a Arda. Y el Reino florecerá nuevamente y ya no será destruido.

Y cuando concluyó con aquellas palabras, subió hasta lo alto de una de las montañas que rodeaban al lago y la hundió con un solo golpe en su cima, desde la punta hasta el pomo, con tal fuerza que el mandoble resonó como un trueno y saltaron chispas iguales a relámpagos.

Éste fue el sueño que relató la Vidente mucho tiempo antes de que sucediera, y las generaciones posteriores no supieron entender su significado y terminaron olvidándolo.

Y llegó el día en el que los Elfos abandonaron definitivamente la Tierra y una especie de alegría desapareció en el Mundo. Un continente nuevo se abrió a los conquistadores de turno y todo un ciclo pareció haberse cerrado. Pero Angamarth, el Hierro del Destino, aún duerme en lo alto de la montaña, junto a un profundo lago, aguardando la llegada de un elegido, mientras vigila con su sombra la sepultura de Dágornar Barhir.

Y hay quienes dicen que en los lagos del Sur todavía se adivina la presencia los Elfos, como la fragancia perdurable de la lavanda, porque aún sigue vagando por aquellos bosques, aguardando por los tiempos venideros, la hermosa doncella Nimloth Arodiel.

Santiago Oviedo, 1985

e-ditores